

LA FILOSOFIA FRENTE A LA RESURRECCION

Para "Amicitia",
Michele Federico Sciacca

La Resurrección de Cristo es verdad de fe; como tal, el filósofo creyente la acepta por la fe. Sí, pero también en calidad de filósofo; así como la fe ilumina por sí misma, la verdad racional puede recibir luz de la verdad revelada, aquella luz que la razón por sí misma no puede dar. La Resurrección, de hecho, se refiere directamente a algunos problemas filosóficos fundamentales. Así: 1) la misma filosofía en cuanto *búsqueda* y no aceptación inmediata del dato; 2) el problema de la muerte y de la inmortalidad personal del alma; 3) principalmente el problema del sentido de nuestra inmortalidad que es también el problema del sentido de nuestra vida y de nuestra muerte corporal. Estos son los argumentos sobre los cuales me detendré brevemente.

1) FE Y RAZON Y SU REVELACION.

Sabemos que la filosofía (“veneno” más poderoso que el de la mordedura de la serpiente, como dice Alcibíades en el “Banquete” Platónico) es *búsqueda*: comienza en el momento en que se suspende la afirmación de lo “inmediato” y se *reflexiona* sobre ello. ¿Es, por lo tanto, como tal, contraria y opuesta a la fe, que es *aceptación* de lo inmediato, abandono total a su verdad no racionalmente demostrable? No; no es negación de lo inmediato, de la fe, sino sólo reflexión sobre ello, que busca aclarar hasta dónde puede; y es ya una aclaración ver la “conveniencia”, la no contradicción y la convergencia con la verdad racional. La filosofía sería negación de la fe, si aceptara sólo lo racional y rechazara, a priori y dogmáticamente, el contenido de la fe misma. Pero como búsqueda de la verdad natural, dispuesta a *detenerse* (no pasiva o indiferente, sino activamente) frente a lo sobrenatural, la filosofía es el fundamento natural del contenido de la fe, faltando el cual vendría a faltar la fe misma: de ser así cesaría la fe y tendríamos el “fideísmo” que es otra cosa. En efecto, este último es escepticismo racional, que por desesperación se abandona ciegamente a la fe. Admitido esto; ¿la Resurrección contiene algunas indicaciones justificadoras del momento filosófico o racional de la búsqueda, en armonía (no extrínseca) con el momento religioso o supraracional de la fe? Si es así la filosofía será también un “veneno” pero de aquellos de los cuales la medicina se sirve para sanar; en este caso, para curar la enfermedad del fideísmo del que hoy están gravemente enfermos también algunos filósofos “católicos”.

El primer día después del sábado, escribe San Juan (XX, 1-9), María Magdalena va a la tumba y ve la pie-

dra levantada; corre a anunciarlo a Simón Pedro y a San Juan: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto". Parten inmediatamente Pedro y Juan pero este último, más ligero, llega primero al sepulcro. "Y habiéndose inclinado vió los lienzos en el suelo pero no entró". Después llega Pedro y entra, ve "los lienzos en el suelo y el sudario que habían puesto sobre la cabeza de Jesucristo, no junto con los demás lienzos, sino separado y doblado en otro lugar". Los dos discípulos buscan y no encuentran: están tristes porque "desear" encontrar; *observan* (nótese la descripción detallada); y uno de ellos (Juan) "vió y creyó". He aquí la búsqueda que es ansias de encontrar y no mera curiosidad o soberbia búsqueda para conocer todo, que es el conocer de Adán pecador, bajo la seducción de Satanás (conocerás el bien y el mal y serás como Dios). En la búsqueda de los dos apóstoles la razón indaga sin ensoberbecerse, busca por amor a la verdad, no por *concupiscentia sciendi*: es la búsqueda que "purifica". Los dos ven todo, minuciosamente, solicitados por el ansia de encontrar: el hombre conserva tanto más tenaz y amorosamente la verdad cuanto más ha padecido en la búsqueda *ex veritate*. Y Juan *ve* (momento de la razón) y *cree* (momento de la fe): colaboración fecunda del momento filosófico y del religioso.

Después de la Resurrección, Jesús aparece a los apóstoles. En San Mateo (XXVIII, 16-17): "Los dos discípulos partieron para Galilea al monte que Jesús les había señalado. Allí, al verle, le adoraron; si bien algunos tuvieron sus dudas". Nótese: los discípulos van al monte que Jesús les había señalado (acto de fe); lo ven y lo adoran todos; algunos de ellos, aunque llenos de fe y de adoración, "dudaron". El momento de la duda es el mis-

mo que el de la búsqueda; pero aquí los discípulos no están mordidos e intoxicados por la duda escéptica que mata la fe (el escepticismo es una forma de hiperbólico racionalismo), sino por la duda creyente y fidente, humilde, que en su manifestarse casi se arrepiente; por la duda dolorosa, que busca confortarse en la fe y que, en este sentido, es casi corroborante y reconquista sólida del poseedor de la fe misma.

Más significativo todavía un pasaje de Juan (XX, 24-29). Tomás, cuando Jesús resucitado apareció a los apóstoles, no estaba con ellos. Le refirieron que habían "visto" al Señor y él respondió: "Si yo no veo en sus manos la hendidura de los clavos y no meto mi dedo en el agujero que en ellas hicieron y mi mano en su costado, no lo creeré". Tomás quiere dos controles: no se contenta con el de la vista, también el tacto debe testimoniar; es una fe la suya que quiere fundarse, precisamente, en un experimento complejo y de controles concordantes. Ocho días después, Jesús reaparece a los discípulos y Tomás está con ellos. Entra a puertas cerradas y vuelto hacia Tomás dice: "Mete aquí tu dedo, y registra mis manos; y trae tu mano y métela en mi costado y no seas incrédulo, sino fiel". Jesús extiende los controles deseados por Tomás, el cual quería "ver" los agujeros de los clavos en las manos y "tocar" el costado; Jesús le propone tocar el costado; y con sus dedos (y no sólo ver) también sus manos; agrega, sin embargo, "no seas incrédulo". Profundísimas palabras fundamentales para establecer la relación entre razón y fe: experimenta nomás, dice Jesús al discípulo, pero no "suspendas" la fe; consérvala (permanece "fiel" a la fe) aun en el momento racional del experimento, de modo que ella te ilumine, pero sin que el experimento mismo funde su verdad sobre

la fe, y renuncie a su autonomía. Nótese también que Jesús, nada menos que después de la Resurrección y el cumplimiento de su misión en la tierra, permite, *todavía* que un *discípulo* suyo, dude; esto es, permite (da su consentimiento) la búsqueda, el momento filosófico de la razón y de la experiencia, aun cuando todo está ya cumplido. No sólo no abandona al discípulo dubitante, va a su encuentro; sólo le recomienda que no suspenda la fe: sé fiel a tu fe y la duda, sugerida por la razón, encontrará su respuesta y la razón misma, satisfechas sus exigencias. Será el fundamento de la fe, premio conferido a la razón, honesta en la búsqueda y humilde en la adquisición de la verdad.

Frente a la generosidad de Cristo, Tomás se rinde pero no ciegamente, se doblega ante la evidencia. No toca, *acepta*: si hubiera tocado, la razón se hubiera extralimitado, hubiera negado la fe: de razón recta se hubiera convertido en satánica, injusta y perversa. Aquí está la cuestión: dudar con humildad (reconociendo que la duda es imperfección e indica el límite de nuestra razón), por amor de una más segura posesión de la Verdad y no por tonta y estéril soberbia; buscar con razón, para tener mayor fe y no para abolirla. Frente a la evidencia Tomás no toca; exclama: "Señor mío y Dios mío". Esto es: no querer conocer para ser Dios, según la sugerencia de Satanás a Adán, sino para reconocer que Dios es, y es nuestro Señor, Jesús le dice: "Porque has visto, Tomás, has creído; bienaventurados aquellos que sin ver han creído". Cierto, bienaventurados los que creen sin ver pero este mayor grado de mérito no significa condena para los que ven y creen. Por otra parte, Tomás podía ver (ha exigido pruebas de experiencia sensible) porque Jesús estaba todavía en tierra; y por lo tanto creo que

las palabras de Jesús hay que referirlas a los que no se encuentran en la condición de Tomás de poder tener concedida la prueba, digamos así, experimental. Todo el pasaje significa que *buscar* es legítimo, hasta que la duda no signifique "rechazo" de las verdades de la fe: *buscar permaneciendo fieles*. La duda de Tomás, fiel a la fe, y vencido por la evidencia contribuye a testimoniar la verdad supraracional de la Resurrección, la cual viene a justificar en los pasajes examinados, el momento filosófico de la búsqueda en armonía con el momento supraracional de la fe; estableciendo una relación y diría una *implicación*, entre los dos momentos tales de hacer del cristiano un filósofo fiel a la razón iluminada por la Verdad natural y fiel a la Fe, que, en la razón, encuentra su fundamento, y es luz, fuerza y consuelo de la razón misma.

2) PROBLEMA DE LA MUERTE E INMORTALIDAD.

La Resurrección es precedida por la Pasión: la una es inseparable de la otra. Esto significa que para resurgir, en Cristo, es necesario *sumergirse* en su Pasión: sufrir y morir en Cristo, para resurgir en El. Sin la Pasión no hubiera sido posible la Resurrección, es la Pasión sufrida hasta la Cruz, que torna potente y más que milagrosa la Resurrección y le da un sentido y una *tensión* absolutos. "Como tiesto se ha secado mi vigor", escribe el salmista (XXI, 16) y Cristo se "ha secado como un tiesto" a través del fuego de la Pasión. Ciertas "vidas de Jesús" dulzonas, amasadas de azúcar y todas pavos de Navidad y huevos de Pascua, parecen ignorar que Cristo no es sólo Paz sino también guerra al pecado, no

es sólo Resurrección sino también (y ante todo) *Muerte*. Si ser cristianos significa vivir, en tanto sea posible para nuestra debilidad, a imitación de Cristo; no somos cristianos si no sufrimos nuestra pasión, si en la noche de la vida, (y para que así tengamos también nosotros la esperanza de la resurrección) no nos secamos como tiestos. Dios nos ama, también dándonos el sufrimiento y nuestra pasión para no dejarnos corromper en los humores de la tierra. Cristo crucificado, Cristo resucitado: Cristo entero; no es posible dividirlo, ni oscurecer el dolor de la Cruz con la gloria del Sábado o viceversa. Luego la Resurrección sigue a la Pasión: he aquí que se presenta el problema de la muerte en toda su seriedad radical, absoluta. Es el escéptico que juega con la muerte y se burla de quien la toma en serio y se prepara a ella seria y severamente; el escéptico asume esta posición porque ha vaciado la vida de todo sentido y seriedad, al punto de considerar el suicidio como un gesto inútil y contradictorio (quien se suicida da un valor a la vida que en cambio no lo tiene). La muerte desde este punto de vista (propio de algunos existencialistas actuales), es un acontecimiento negativo, que concluye una serie de acontecimientos negativos desde aquel inicial del nacimiento: de la nada a la nada. Muy diferente es el sentido de la vida y de la muerte en el Cristianismo.

La muerte pertenece al hombre desde la caída de Adán, como consecuencia del pecado. Esto significa que, antes del pecado, al hombre Adán no pertenecía la muerte; luego pues ella no es propia del estado del hombre como Dios lo ha creado: por esta razón la Rebelión del hombre a la muerte, como si poseyera un sentido oscuro del estado primitivo. Es la Rebeldía de quien ha caído en una condición

que no era la suya; la de hoy es la condición, como dice Pascal, del "gran señor caído", del rey desposeído. Pero el hombre que se rebela a la muerte, la acepta sin embargo, serena, libre, plenamente. El siente que, en la condición actual, la muerte le pertenece, concierne a su condición. Hay entonces una dialéctica de sentimientos correspondiente a su estructura ontológica: rebelión y aceptación: rebelión porque siente que ha disfrutado de una condición diversa de la actual, en la cual la muerte no le pertenecía; aceptación porque siente que ha perdido este privilegio (y aun muchos otros) y su estado no es más el de antes; y, en consecuencia de esto acepta la Muerte como la sola posibilidad que le permite lograr, si Dios quiere, su finalidad superhistórica y supertemporal. La Revelación (Adán antes y después del pecado) nos explica el sentido profundo de esta dialéctica oscura y enigmática.

En la condición actual, la muerte pertenece naturalmente al hombre; pues si el hombre no muriese no podría vivir la plenitud de su propia vida, estaría condenado a quedar en el tiempo; por lo tanto la muerte, en la condición actual del hombre, es un bien y es positividad, en cuanto, sólo muriendo, puede pasar del tiempo a la eternidad. *La inmortalidad en el tiempo sería su muerte a la eternidad*: el vivir perennemente en la tierra sería morir para el cielo. Quien desea la inmortalidad de esta vida (su duración sin fin en el tiempo) violenta y se opone (contradice) a la verdadera naturaleza del hombre, cuya *vocación profunda*, es morir en el tiempo para vivir la Eternidad. *Querer la inmortalidad temporal es absolutizar el fenómeno*. El amor a la vida es degradado al fanatismo, al fetiche de la vida terrenal. La vida en este caso sería

una condena, un impedimento para la sobrenaturalización del hombre; con el pecado Adán perdió la felicidad; y llegó la muerte como consecuencia del mismo pecado, Cristo muriendo en la Cruz rescató al hombre caído, pero dejó la muerte, consecuencia del pecado. *Esta herencia de la muerte, después de la Muerte que rescata y de la Resurrección de Cristo, es una herencia de vida, en cuanto, sólo a través de la prueba de la muerte, el hombre puede realizar la esperanza de la vida eterna.*

Como ya ha sido escrito, el hombre es el único ser que *sabe* morir, pues alguien ha dicho: como la muerte es inherente a su ser, la vida auténtica es conciencia de la muerte, conciencia de "ser-para-la-muerte". Por el contrario: el hecho de que el hombre sea el único ser consciente de su muerte, es prueba de su inmortalidad. "Tener conciencia de morir" significa que el hombre es el único ser que hace de la muerte un "acto de conciencia"; que es capaz de *incluir la muerte en la vida del pensamiento*. El, en este sentido, posee la muerte sin ser poseído por ella, la domina en la toma de conciencia. *Hacer experiencia de la muerte es ya, no poder morir*; es indicio evidente que el espíritu está sobre el cuerpo y sobre la muerte corporal. La conciencia de la inmortalidad está así tan entrañada en nosotros que, en la conciencia de la muerte, experimentamos que *no somos inmortales, sino eternos*. No hay pensamiento sin la presencia de lo infinito, potencial de la verdad, que constituye y dilata el pensamiento mismo (todo el espíritu humano) más allá de lo limitado y de la contingente; y, por lo tanto, aun más allá de lo limitado de la vida terrena y de la contingencia de la muerte corporal. Se podría decir que la muerte, desde el punto de vista de la inmortalidad personal del alma, como

es entendida por el Cristianismo, es casi el esfuerzo máximo de dilatación, la ruptura de los límites corporales y temporales (y, como toda ruptura, dolorosa) para nacer a otra vida, es decir, a la eternidad y ya no al tiempo. La muerte, que es el separarse el alma de los límites de lo corpóreo y de lo finito, es nacimiento: morir es nacer a una vida nueva; el día de la muerte es "*Natalis dies*".

3) *EL SENTIDO DE LA INMORTALIDAD PERSONAL.*

Pero la gran verdad del Cristianismo no es tanto el principio de la inmortalidad, sino la afirmación explícita de la inmortalidad *personal* del alma (verdad también racional, pero que el mundo pre-cristiano, incluido Platón, no tuvo clara), y sobre todo la revelación del *sentido* de la inmortalidad, que falta completamente, (aun cuando no faltan oscuros presentimientos) en el mundo anterior al Cristianismo. Los griegos conocieron la inmortalidad abstracta: el alma racional sobrevive al cuerpo y va a "otro mundo", feliz o infeliz. Todo está aquí, sin que la ultratumba griega (y pagana en general) haya llegado más allá del mito o de lo genérico. Platón (Fedón) tuvo el presentimiento que "sólo un dios" hubiera podido "revelar" el sentido de la inmortalidad. El griego, en consecuencia, ignorando este sentido, no conoció el verdadero sentido de la muerte; de aquí su "tristeza", la falta de esperanza, (como dice S. Pablo), su terror frente a la muerte y la concepción, no sólo incierta sino también tétrica y pesimista que tiene de la ultratumba.

El sentido de la inmortalidad personal del alma ha sido revelado por Cristo; tal revelación ha hecho conocer al hombre el sentido de la vida y el de la muerte;

sentido concreto y vivido por Cristo mismo a través de la Pasión y Resurrección. Cristo ha revelado que cada cristiano es candidato a la resurrección en Él, en la gloria del Padre. Todos los hombres son inmortales en el espíritu, pero sin embargo, todos, muriendo, viven: y vive el salvado en Cristo y muere el perdido, que, inmortal, rechaza el Amor, rechaza la gracia. *El perdido es un inmortal muerto: vive muerto para la eternidad* Es la condenación: vivir muertos en Dios, eternamente. Hay una dialéctica viviente, extremadamente *comprometedora* que abarca la vida y la muerte, el tiempo y la eternidad: *la vida de la muerte, que es muerte eterna y la muerte de la muerte, que es vida eterna*. Esta dialéctica involucra una alternativa absoluta, una decisión inmutable: o *la muerte que no muere* (condenación), por la cual se vive eternamente en la muerte eterna de la condena; o *la muerte que muere* en la Resurrección eterna en Cristo (salvación). Sólo la "mediación" de Cristo, Dios hecho hombre, nos ha permitido conocer, por revelación, además de la vía de la muerte y de la inmortalidad, también la vía de la vida y de la resurrección, por la cual el hombre no está frente a una demostración o a una promesa de abstracta inmortalidad, sino a una esperanza concreta, (no separada de la fe) de vida sobrenatural que es gloria de los salvados por la gloria de Dios.

•

La Resurrección de Cristo tiene todavía otro sentido profundísimo: la victoria total de su muerte, como se lee en Marcos (XV, 30-3). La muchedumbre grita a los pies de la Cruz: "Sálvate, descendiendo de la Cruz..." "Que el Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la Cruz para

que veamos y creamos" (ver también Lucas XXIII, 35-37). Jesús no desciende de la Cruz, no agrega este milagro a los otros. Si hubiese descendido, hubiera continuado la vida, pero no, vencido a la muerte. Murió y resucitó; muriendo, aceptó la muerte, resucitando de la muerte, la venció. Las señales de esta victoria están sobre el sepulcro abierto: las mujeres que el sábado llegan a él, lo encuentran descubierto y vacío: está sentado "al lado derecho" el ángel, anuncio de la Resurrección. Pero el ángel, sentándose a la derecha, "anuncia", con su sola ubicación, la vía de la Resurrección del hombre en Cristo. "Cuando sea elevado de la tierra atraeré todo hacia mí", se lee en Juan (XII, 32); la Resurrección, que es el verificarse de esta elevación, es aquella que eleva todo hacia Cristo, es la victoria total, y cada cristiano en gracia de Dios, trae todo a sí, también la muerte, que muere con la Resurrección. Pero fuera de la gracia, con el acto del rechazo, no mata la muerte, pero hace que ella (el pecado) mate la vida de su alma. O sea, en este punto es explícito (XIII, 14): "Oh muerte, yo seré tu muerte, oh infierno, yo seré tu mordedura". Cristo da muerte a la muerte, pero no al infierno, (será sólo "su mordedura", alusión al descendimiento al infierno); el infierno queda para los que, rechazando a Cristo, hacen de tal manera que Él para ellos no sea la muerte de la muerte. Cristo por amor nos ha abierto la vía de la Resurrección pero ha dejado el infierno como justicia. La relación entre la muerte y la Resurrección se configura una vez más en el acto de condena-salvación. De tal manera es la vida toda del hombre una preparación para la muerte y adquiere su sentido definitivo por la muerte misma: el momento de la *agonía* es el de la "lucha" su-

prema entre la victoria *de la* muerte y la victoria *sobre la* muerte.

Entonces, todo lo positivo, no sólo de nuestra muerte, sino también de nuestra inmortalidad, después de la muerte y Resurrección de Cristo, reside en el momento de la salvación, esto es, en el *morir vivos*. El "aut-aut" es perentorio: o *morir-vivos* (salvación) o *vivir-muertos* (perdición). Por lo tanto la Resurrección de cada hombre comienza en el momento de su conversión a Cristo en el sentido verdadero de metanoia. La Magdalena amó verdaderamente, *se convirtió* y el arrepentimiento fué inmenso como su amor; a la pecadora arrepentida (y no a uno de sus discípulos) se mostró Cristo resucitado: Él se muestra a quien lo ama. Y fué también a la Magdalena a quien confió, en primer lugar, el gran anuncio de su resurrección. Una mujer, Eva, está comprometida en la caída de Adán; pero es también una mujer, M. Magdalena, la gran pecadora y la gran arrepentida, toda amor, la que anuncia a la humanidad la Resurrección, la victoria sobre la muerte, que es la muerte del pecado a través de la muerte, vencida por la Resurrección. Ahora, la Pasión y Resurrección no han acontecido una sola vez, sino que acontecen, se repiten en cada verdadero creyente, como pasión y resurrección del hombre. En la vida se puede ser *héroe* por un instante y del héroe no se conoce la intención ni si la causa por la cual se sacrifica es siempre la mejor (puede ser también pésima), se puede ser *sabio* por una regla de vida o de continuidad, pero la sabiduría del sabio vale para esta vida y es una finalidad en sí mismo; pero cuando se es *santo*, se lo es para ésta y para la otra vida. Sólo el santo (y quien muere en gracia de Dios) pertenece a la

eternidad, sólo el santo muriendo no se equivoca, porque muere por Cristo, que es el Camino, la Verdad y la *Vida*.

La gracia es la libertad en Cristo, (como dice San Agustín) es la vida eterna, la resurrección, es *la muerte de la muerte, la negación de la negación*, y por eso la afirmación absoluta, definitiva, fuera de toda alternativa. La vía es Cristo viviente en su Iglesia, que, como el Angel a la derecha del sepulcro, se pone a la derecha de nuestra vida para indicarnos el Camino, la Verdad, la Vida. "Estas cosas están escritas para que creáis que Jesucristo, es hijo de Dios, y creyendo tengáis en su nombre la vida" (Juan, XX, 31).

MICHELE FEDERICO SCIACCA.

Génova - Universidad.

Traducción de Martha M. Rigazzi.